

Sánchez Ferlosio, Rafael, *Esas Yndias equivocadas y malditas. Comentarios a la historia*, Barcelona, 1994, Ediciones Destino, 293.

En *Ardor guerrero*, el novelista Antonio Muñoz Molina y de refilón, arremete contra socialistas que «saquearon la administración y conocieron sus días de máxima gloria en el final de los ochenta que acabaron, por cierto, no en el último día de la década, sino el 12 de octubre de 1992». De nuevo la sorpresa, no es historiador, si no creador, Sánchez Ferlosio, quien ha conseguido publicar algo antagónico al ditirambo de la **HO** sobre conquista y colonización, pero también sobre atrocidades perpetradas contra granadinos o judíos, nuevos y viejos, por los bien llamados Reyes Católicos. Y se debería recordar *El decreto de la Alhambra* (North Hollywood, 1992, Carmi House Press) novela histórica sobre expulsión de los judíos de David Raphael (médico y doctor en biomatemática por la Washington University de Seattle), que menciona expolio o padecimientos de la emigración.

De entrada Sánchez Ferlosio enfatiza que empresa, sucesos e historia son eurocéntricos desde 1492 (67) y arremete contra Menéndez Pidal, conspicuo oficiante de la **HO** (143 y 255-270). Desbarata otro mito de esta **HO**, las Indias de Castilla sólo abarcaron los estados previos, bien poca extensión, y no todo el continente (44-45). O explica una confusión muy extendida, Occidente llamó vacías determinadas regiones, por la carencia de un dominio estatal y no por deshabitadas (182).

Aporta muchos datos sobre diversos rostros de la violencia, no sólo en América, también previos insulares o peninsulares (Andalucía, Granada) o rol de Cisneros en las vesanías que sufrió la última contra lo pactado (108-130), sobre estupro, esclavización, robo, asesinato o Pedrarias (57-58, 79-85, 159-160) o el cinismo de presentar atropellos incuestionables como castigo divino por el paganismo (165). Y no olvida desgranar papel jugado en la canallada por la iglesia, Roma o jerarquía española, recordando devino brazo ideológico y físico de la violencia estatal (240-241), bautizos coercitivos y masivos de musulmanes, judíos o nativos americanos, llegándose al silenciamento de los detractores (243).

Buscando justificar lo acontecido pudo consumarse al exabrupto como en Argentina contemporánea; Vitoria, reconociendo la infamia perpetrada contra Atahualpa y los suyos, recoge el parecer de los defensores de los peruleros según quienes los soldados no debían tenerlo en cuenta y limitarse a «hacer lo que mandaban los capitanes» (264). Y mentando a Vitoria evoca que el colonialismo del resto de Europa no necesitó elaborar un discurso legitimizador y apologético de sus futuras conquistas, ideólogos al servicio de Castilla habían desbrozado el camino (143).

Denuncia el mestizaje, que presentado machaconamente por la **HO** como fruto de uniones libres merced a una supuesta falta de racismo español, fue, por encima de todo, efecto de la violación y el abuso de obligar a las nativas a ejercer de prostitutas forzadas (37-38 o 76-78). Reiteradamente, en dos epígrafes y en una nota concreta, insiste en el empleo de perros no sólo como animales de guerra, sino también como torturadores y verdugos (33-37 o 79-84); si Ferlosio inicia la nota diciendo que desconoce precedentes en el uso de estos animales Thomas, en el

libro que reseño de inmediato, los menciona en la reconquista y, en concreto, en Granada (186). Alberto M. Salas (*Las armas de la conquista*, Buenos Aires, 1950, EMECE, 169) también nombra canes en Granada. Y Pedro Voltes informa de perros en la reconquista y en las Canarias (*El reverso de la historia*, Barcelona, 1993, Círculo, II, 32-33).

Por añadidura la redacción es excelente y amena y el trabajo se ha realizado con un muy correcto y minucioso manejo de una abrumadora cantidad de referencias, lo que no suelen hacer los pontífices de la HO.

Miquel Izard

Thomas, Hugh, *La conquista de México*, Barcelona, 1994, Planeta, 896.

Diría que es obra aplastante y emblemática de la historiografía tradicional inglesa. Manejando apabullante cantidad de fuentes y, por encima de todo, de bibliografía, el autor ha pergeñado otra entrega de un tema reviejo, y me malicio que no hacía falta alguna, pues no dice nada nuevo; al contrario, sobre la trama convencional adereza un refrito de lo que tantos ya habían escrito, empezando por loas encargadas, sobre la marcha, por los mismos protagonistas.

El cariz de lo narrado, una conquista colonial, implica que sólo se hayan conservado, en la práctica, crónicas de uno de los dos bandos enfrentados y Thomas, elabora su obra desde la óptica de los agresores.

A pesar de este carácter sesgado, y contrastando con una narración en la que los atacantes aparecen como héroes, evoca más de una vez saqueos o toda clase de crueldades gratuitas, así masacres de Tlaxcala y de Cholula, que Thomas piensa, siguiendo a las Casas y varios conquistadores, se perpetraron para reducir la capacidad de resistencia de los nativos por medio del terror (281, 300-301); vesanía con la gente del Valle de México, jefes aperreados, represión continuada y confundida con la desesperada busca de oro (597-599); tortura de Cuauhtémoc, contra lo prometido, tolerada por Cortés (600-601); atrocidades de Nuño de Guzmán, por citar un caso, que hacían palidecer las de Olid (613). Pero insisto, Thomas es capaz de celebrar una ristra de *cualidades* de Cortés y añadir, «empleó el terror fría y eficazmente» (587). Tendría como otras aportaciones, reiteradas referencias a la avidez castellana por el oro y a la compleja y sofisticada cultura azteca, con pareceres desde Cortés hasta Durero (590), frente a una historiografía españolista que tacha de atrasadas, a nivel neolítico, a todas las culturas americanas.

La parcialidad de Thomas se detecta también en el lenguaje, bastará alguna muestra, menciona más de una vez nativas «seducidas» (94 o 97) abusivo eufemismo por violadas; piensa que el requerimiento podía derivar de la «caballeridad castellana» (101); que los mayas eran «superiores» a la gente del Caribe o los totonacas un pueblo culto (119 y 141).

Osaría afirmar que hay falsedades. Opina que las diferencias entre expediciones privadas, la mayoría, y financiadas por la Corona, pocas, explicarían la violencia, pues las primeras debían amortizarse (97). Al margen de la endeblez del argumento bastaría recordar que una de las huestes más sanguinarias, la de Pe-